

pag. 12 jueves 6/09/90

## VIEJAS CRITICAS

# Quando los invertidos eran anormales

En el Nacional de la calle Comentes se ha venido representando en las últimas dos semanas una obra que ayer la intendencia municipal, por razones de moralidad, resolvió prohibir", afirmaba un suelto de *La Nación* del 18 de setiembre de 1915. La obra era *Los invertidos*, de González Castillo, que reestrenó Alberto Ure en el Lorange. La prohibición motivó al autor González Castillo a pedirle a la dirección del matutino la publicación de una suerte de descargo en defensa de su pieza a la que calificaba de "teatro realista".

"La inspección municipal, alarmada quizás por las sugerencias del título, exigió una lectura privada de la obra, y concurrió luego al estreno, no mereciéndole ninguna objeción en cuanto a moralidad." Hubo inspectores apellidados Lazcano, García Videla y Antonio Caniberti a cargo del tema; pero ese 17 de setiembre a las 4 de la tarde, "la intendencia comunicó a los empresarios la prohibición de representar esa pieza, contra toda noción de justicia y de derecho".

El decreto municipal consideró la obra, que se estrenó bajo el título de *Los anormales*, "inmoral" y González Castillo argumentaba a su favor que esa era una "razón ridícula y sin fundamento desde que, precisamente, el fin de ella es perfectamente moralizador, como lo declaran los referidos inspectores y desde que, hasta en los programas del espectáculo se establece la condición de 'realista' y 'libre' del género".

Pero la intención moralizante que esgrimía el anarquista que pensaba igual que la psiquiatría oficial de entonces e igual que el Poder Judicial de la actualidad que denegó personería a la CHA, no fue suficiente, a juzgar por la lapidaria crítica que una semana antes publicara *La Razón*.

En efecto, el cronista del vespertino se despacha: "Los vicios, las enfermedades sociales, los 'casos' humanos, fuera de lo normal y equilibrado, tienen para el artista secundario interés; hay en ellos belleza pero a grandes rasgos, no el simple detalle analítico, cuyo estudio queda para el médico, el sociólogo, el criminalista antropológico", en clara

alusión a las teorías de Lombroso, tan en boga por entonces.

"El señor Castillo se ha equivocado", insistía el escriba. "Esa no es la misión del artista. El arte, no importa toda la verdad, no sería arte, que deriva de artificio, de selección, de alambique exquisito de fórmulas de belleza. Reflejo de costumbres ha de ser el teatro, pero no de costumbres viciosas, que por serlo, caen fuera del orden de las cosas (...) *Los anormales* tuvo ese éxito deleznable de un público atraído ya por el prelinde del título de la obra; éxito artístico no lo fue", reflexionaba con amargura el crítico cuya firma no pasó a la posteridad como si el autor de la obra.